

Homilía de II Domingo de Navidad

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Acampó entre nosotros”

Introducción

Para la preparación de la homilía nos haremos tres preguntas, desde las indicaciones ofrecidas por la Exhortación Apostólica Dei Verbum del Papa Benedicto XVI. ¿Qué dice la Palabra de Dios en este día? ¿Qué me dice? ¿Qué puedo decir a los oyentes?

En este segundo domingo de Navidad los textos bíblicos nos dicen:

1. La Sabiduría habla por medio de los profetas en la primera lectura.
2. El apóstol san Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que cuando el Hijo de Dios se hace hombre el hombre puede acceder a la filiación divina, por medio de la gracia de la adopción.
3. El Evangelio prolonga la meditación de la encarnación con el que el Verbo de Dios propone su presencia entre nosotros: Acampó entre nosotros.

Diversos modos de hacerse presente:

*“En el tabernáculo del vientre de María habitó Cristo durante nueve meses;
hasta el fin del mundo, vivirá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia;
y, por los siglos de los siglos, morará en el conocimiento y en el amor del alma fiel”.*
(Beato Isaac, abad del monasterio de Stella)

*“La totalidad de los creyentes engendrados en la fuente bautismal...
son co-engendrados con él en este nacimiento; por eso al adorar el nacimiento
de nuestro salvador celebramos nuestra misma generación”*
(San León Magno)

El nacimiento del Hijo de Dios, que viene a vivir según la condición humana inaugura el nacimiento de todos los hombres a la vida de hijos de Dios. Esta es la vida nueva, auténtico nacimiento y regalo que nos ha hecho Jesús con su nacimiento. Junto con el nacimiento de Cristo la Iglesia celebra el suyo y el de todos los cristianos. No somos espectadores de un acontecimiento ocurrido hace dos mil años, sino que hemos de vivirlo tomando parte en él, como miembros del cuerpo místico, en el mundo.

Desde tal planteamiento universal y profundo podemos intuir nuestro crecimiento y desarrollo humano, acompañado de nuestros padres, educadores y ambiente, y a su lado el desarrollo o crecimiento en Cristo, o de Cristo en nosotros. Crecimiento como hijos de Dios, con la misma y única persona e identidad sobrenaturalizada, al correr de los días y con las variadas circunstancias, acontecimientos y rasgos temperamentales, tentaciones y fidelidad.

De esta manera descubrimos al Espíritu de Dios, mediante Cristo, como salvación liberadora acompañando nuestro proceso de crecimiento, de conocimiento, de amor y desamor; nos ayuda a crecer dócilmente en la relación íntima con Dios, en alabanza a ese Dios que es todo amor. Y a su lado nos deja la libertad capaz de responder en fidelidad continuada o/y desoir su llamada, al decir de san Juan: “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”.



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría hace su propia alabanza, encuentra su honor en Dios y se gloria en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloria ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel”. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y nunca más dejaré de existir. Ejercí mi ministerio en la Tienda santa delante de él, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada encontré descanso, y en Jerusalén reside mi poder. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad».

Salmo

Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20 R/. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

Glorifica al Señor Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R/. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 15-18

Bendito sea el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo, antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba

Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Comentario bíblico

Iª Lectura: Eclesiástico (24,1-12): La Sabiduría, mano de Dios

I.1. La primera lectura se toma del libro del Eclesiástico (título popular) o de la Sabiduría de Ben Sirá, como se le conoce, técnicamente, por el autor que lo escribió. Antes no se le conocía más que en griego, pero ya se han descubierto los fragmentos hebreos (en la antigua Guenizá del Cairo) que certifican que esa es su lengua original. Es un libro propio, con un género literario específico, tanto en el mundo bíblico como en la literatura del Medio Oriente y de Egipto. Este tipo de obras intenta poner de manifiesto los valores más fundamentales de la vida, de un comportamiento justo, honrado, humanista; en definitiva, eso es vivir con sabiduría.

I.2. La lectura de hoy nos habla de la Sabiduría, con mayúscula; no la del hombre, sino la de Dios. Es un himno grandioso del papel que tiene la sabiduría en las relaciones de Dios con el mundo y con los hombres. Debemos tener en cuenta que los judíos no podían entender que hubiese alguien como Dios; la sabiduría, aunque personificada, es, en el texto, una criatura como nosotros, aunque es la mano derecha de Dios, porque es la confidente del saber divino y, por lo mismo, de su acción creadora, hábito del poder divino en todo el proyecto que El tiene sobre el mundo. De hecho, en el judaísmo se identificaba a la Sabiduría con la Torah, la ley. No podía ser de otra forma en un ambiente cerrado a los valores creativos y proféticos de Dios. Sin embargo, una lectura cristiana de este texto, lo sabemos, apunta directamente a la Palabra de Dios, a Jesucristo. Y entonces, la Torah, la ley, quedará en lo que es, un mundo de preceptos que a veces ni siquiera ponen de manifiesto la voluntad de Dios.

IIª Lectura: Efesios (1,3-6.15-18): Elegidos, “en Cristo”, para ser hijos

II.1. Aunque se proclame en nuestra lectura que esta carta es de San Pablo, la opinión más extendida hoy, aunque no sea general, es que es un escrito posterior de la escuela paulina. Es un escrito de una gran densidad teológica; una especie de circular para las comunidades cristianas de Asia Menor, cuya capital era Éfeso. En realidad lo que hoy nos toca proclamar de esta lectura es el famoso himno con el que casi se abre la epístola. Es un himno o eulogía (alabanza), a Dios, probablemente de origen bautismal, como sucede con muchos himnos del NT; desde luego ha nacido en la liturgia de las comunidades cristianas. Su autor, como Pablo hizo con Flp 2,5-11, lo ha incardinado a su escrito por la fuerza que tiene y porque no encontró otras palabras mejores para alabar a Dios.

II.2. Se necesitaría un análisis exegético de más alcance para poder decir algo sustancial de esta pieza litúrgica cristiana. Es curioso que estamos ante un himno que es como una sola frase, de principio a fin, aunque con su ritmo literario y su estética teológica. Canta la exuberante gracia que Dios ha derramado, por Cristo, en sus elegidos. Vemos que, propiamente hablando, Dios es el sujeto de todas las acciones: elección, liberación, redención, recapitulación, predestinación a ser hijos. Es verdad: son fórmulas teológicas de cuño litúrgico las que nos describe este misterio. Pero todo esto acontece en Cristo, en quien tenemos la gracia y el perdón de los pecados. Y por medio de Él recibimos la herencia prometida. Y en Cristo hemos sido marcados con el sello del Espíritu hasta llegar a experimentar la misma gloria

de Dios en los tiempos finales.

///.3. ¿Qué podemos retener del mismo? Entre las muchas posibilidades de lectura podríamos fijarnos en lo que sigue: que Dios, desde siempre, nos ha contemplado a nosotros, desde su Hijo. Dios mira a la humanidad desde su Hijo y por eso no nos ha condenado, ni nos condenará jamás a la ignominia. Hay en el texto toda una “mirada” del Dios vivo. El es un Dios de gracia y de amor. La teología de la gracia es, pues, una de las claves de comprensión de este himno. Sin la gracia de Dios no podemos tener la verdadera experiencia de ser hijos de Dios. El himno define la acción amorosa de Dios como una acción en favor de todos los hombres. Estamos, pues, predestinados a ser hijos. Este es el “misterio” que quiere cantar esta alabanza a Dios. Se canta por eso; se da gracias por ello: ser hijos es lo contrario de ser esclavos, de ser una cifra o un número del universo. Este es el efecto de la elección y de la redención “en Cristo”.

Evangelio: Juan (1,1-13): Dios acampó en nuestra historia

Este segundo domingo de Navidad, después de la fiesta de María Madre de Dios con que abrimos el año nuevo, es una profundización en los valores más vivos de lo que significa la encarnación del Hijo de Dios.

(Podemos volver a leer el texto comentado el día de Navidad)

///.1. Esta es una de las páginas más gloriosas, profundas y teológicas que se hayan escrito para decir algo de lo que es Dios, de lo que es Jesucristo, y de lo que es el hecho de la encarnación, en esa expresión tan inaudita: el “Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. La encarnación se expresa mediante lo más profundo que Dios tiene: su Palabra; con ella crea todas las cosas, como se pone de manifiesto en el relato de la creación de Génesis 1; con ella llama, como su le sucede a Abrahán, el padre de los creyentes; con ella libera al pueblo de la esclavitud de Egipto; con ella anuncia los tiempos nuevos, como ocurre en las palabras de los profetas auténticos de Israel; con ella salva, como acontece con Jesucristo que nos revela el amor de este Dios. El evangelio de Juan, pues, no dispone de una tradición como la de Lucas para hablarnos de la anunciación y del nacimiento de Jesús, pero ha podido introducirse teológicamente en esos misterios mediante su teología de la Palabra. También, en nosotros, es muy importante la palabra, como en Dios. Con ella podemos crear situaciones nuevas de fraternidad; con nuestra palabra podemos dar vida a quien esté en la muerte del abandono y la ignominia, o muerte a quien esté buscando algo nuevo mediante compromisos de amor y justicia. Jesús, pues, también se ha encarnado para hacer nuestra palabra (que expresa nuestros sentimientos y pensamientos, nuestro yo más profundo, lo que sale del corazón) una palabra de luz y de misericordia; de perdón y de acogida. El ha puesto su tienda entre nosotros... para ser nuestro confidente de Dios.

///.2. El himno y las sentencias que lo constituyen se relaciona con las especulaciones sapienciales judías. El filósofo judío de la religión, Filón de Alejandría, que vivió en tiempos de Jesús, hizo suyas aquellas reflexiones, pero en vez de sabiduría habló de la Palabra divina, del Logos. En el judaísmo «sabiduría» y «palabra de Dios» significaban prácticamente lo mismo. Sobre este tema desarrolló Filón una serie de profundas ideas. En el himno al Logos de Juan han podido influir otras corrientes conceptuales de aquella época. Fuera como fuere, en el texto joánico la idea del Logos tiene una acuñación cristiana propia, una forma inconfundible ligada a la persona de Jesús. Se interpreta, en efecto, esta persona, mediante los conceptos ya existentes sobre la Palabra de Dios, de una manera no por supuesto absolutamente nueva, pero sí profundizada.

///.3. El Logos, en griego, la Palabra divina, se ha hecho carne, es nuestra luz. Quizás parece demasiado especulativa la expresión. Pero recorriendo el himno al Verbo, descubrimos toda una reflexión navideña del cuarto evangelio. El Verbo ilumina con su luz. La iniciativa no parte de la perentoria necesidad humana, sino del mismo Dios que contempla la situación en la que se encuentra la humanidad. Suya es la iniciativa, suyo el proyecto. En el Verbo estaba la vida y la vida es la luz de los hombres. Por eso viene a los suyos, que somos nosotros. La especulación deja de ser altisonante para hacerse verdaderamente antropológica, humana. Pone su tienda entre nosotros, el Logos, la Sabiduría, el Hijo, Dios mismo en definitiva. ¿Cómo? No como en el AT, en la tienda del tabernáculo en el desierto, ni en un “Sancta Sanctorum”, sino en la humanidad misma que era la que verdaderamente necesitaba ser dignificada. El hombre es imagen de Dios, y esa imagen se pierde si la luz no nos llega. Y esa luz es la Palabra, Jesucristo.

Pautas para la homilía

A. La Teoría

Un Dios cercano a la humanidad

Dentro del ambiente navideño, resumiendo la revelación de la presencia del Verbo hecho carne aparece una imagen de Dios cercano al hombre. Jesús nos enseña a dirigirnos a Dios como Padre misericordioso, que ama al hombre desde antes de la creación del mundo y quiere su felicidad.

Se ha manifestado de muchas maneras a lo largo de la historia, y últimamente en la persona de su Hijo nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales... nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos, hijos por adopción. Por Jesús sabemos mejor quien es el hombre, de dónde viene y adónde va.

De Jesús muerto y resucitado, por la acción del Espíritu nace la Iglesia, a la que somos incorporados gratuitamente por el bautismo, concediéndonos el perdón de los pecados y la esperanza de vida eterna.

El misterio del hombre de fe

Desde la racionalidad y humana filosofía llegamos al conocimiento del hombre, con sus límites y capacidades, desvaríos y genialidades. Hubo muchos y variados modos de interpretar su origen y término, insatisfacciones y posibilidades; al final permanecen grandes interrogantes que el creyente en Cristo puede verlos aclarados por la fe, que ilumina su propia racionalidad.

“El misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia humana, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nació de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (GS.22).

Crecimiento en Cristo por la gracia de Dios

El misterio del hombre existencial, nosotros, en nuestros días, radica en que la Palabra alumbra a todo hombre; vino al mundo y en el mundo estaba... y el mundo no la conoció, pero a los que la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Hemos recibido en el bautismo la filiación adoptiva, y hacemos el itinerario cristiano en el tiempo real apoyados en la fe, con su firmeza y oscuridad. Desarrollo humano de los dones o talentos iguales y diferentes para cada uno, según herencia, y apoyos ambientales propios y variados como identidades individuales. Crecimiento humano, crecimiento cristiano; posible de medir en algunos ámbitos, y siempre reflejado en los frutos del amor servicial emanados del mandato del Señor Jesús.

B.- La vida práctica y real

Presencia de Dios en la propia vida

Acampó en nosotros. Nos corresponde hacer las aplicaciones concretas, conforme al auditorio para ayudar a que cada uno de los oyentes descubra que el espíritu de Dios, la Vida divina, propia de hijos, late en su interior en cada instante, en todas las acciones, y en las más variadas circunstancias de dolor/gozo, paz/ira, soledades/llenuras de la condición humana.

Presencia de Dios en toda vida humana

Acampó entre nosotros. Si el crecimiento personal se verifica en la comunicación, con Dios y con los demás, tomar conciencia de la presencia divina en cada instante y persona se convierte en un objetivo prioritario para el cristiano. Las más variadas realidades personales han de ser captadas desde la óptica de la trascendencia para poder descubrir en los otros -diferentes- al hermano, que también es hijo de Dios, salvado por Jesucristo.

Los juicios de valor, que a veces son excluyentes, dan origen a otro tipo de conclusiones cuando introducimos en la percepción de las personas "*sus rostros divinos*", y la mediación que pueden brindarnos para dirigirnos y llegar a Dios en situaciones sorprendentes, por su tono y ocasión.

Evangelio vivo y actual

Acampó con nosotros. Descubrir los signos de los tiempos, que manifiestan la voluntad divina, la real, constituye una hermosa tarea cristiana; es una herramienta constructiva de la propia identidad, en aras de ser fiel en todo tiempo y en el mundo. Desde la parábola del buen samaritano, el óbolo de la viuda, o los pelos de la cabeza, que no caen al margen de la providencia divina... hallaremos ocasiones continuadas para descubrir huellas de Dios en el trabajo, la oración o la vida familiar.

Ya, pero todavía no en plenitud

Hoy celebramos el nacimiento del Salvador y el nacimiento de nuestra salvación. Celebramos la Navidad, el nacimiento de la Iglesia y también nuestra condición de hijos adoptivos. No son realidades independientes sino imbricadas, insertas unas en otras y particularmente gozosas: Porque Dios se ha hecho hombre en Jesucristo ha surgido la Iglesia, como sacramento de salvación, cuerpo místico de Cristo, y nosotros hemos sido santificados desde siempre, en la mente divina.

Recordemos:

1. Presencia habitual de Dios en mi propio ser.
2. Reconocimiento de Dios con vosotros en las acciones litúrgicas.
3. Hallazgo de Dios entre vosotros en el ser y quehacer temporal.



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

Evangelio para niños

II Domingo de Navidad - 2 de Enero de 2011



Prólogo de Juan

Evangelio

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad....

Explicación

Por medio de Jesús, Dios no ha hablado de un modo especial, y por eso decimos que Jesús es la mejor Palabra de Dios. Esa palabra se hizo humanidad en el niño nacido de María de Nazaret. Unos le acogieron y otros le rechazaron. Y a cuantos le recibieron les ha descubierto que son hijos amados de Dios y que tienen un Padre estupendo. Quienes rechazaron a Jesús, no lo podrán saber, pero con todo, también ellos son hijos queridos de Dios. Lo cierto es que Dios vino a vivir con nosotros, a través de Jesús. Eso quiere decir que puso su tienda entre nosotros. Se hizo muy cercano. Cada año en la Navidad lo recordamos de modo especial y con alegría hacemos una fiesta grande.